



**Color Carmesí**

J. ATENAS

## Color carmesí

El reloj marcaba las 6 PM cuando Rix bebía el rojizo y agrio licor en la tienda central. El neón en la estampa de la taberna traía a las mentes de los comensales las nostálgicas noches de Santiago cuando se paseaban en los lujosos carros acompañados de las más codiciadas chicas. Hubo un tiempo en que no habría sabido qué hacer, pero en aquel momento no tuvo ninguna duda. Dos años habían pasado para él, ahora una oscura atmósfera rodeaba la ciudad, cubierta del desagradable smog, y convertida en un suburbio de narcotraficantes y ex convictos. Pero Daniel Rix no había trabajado en vano, – hoy sería la última noche –, se decía para sí, mientras tragaba a grandes sorbos el ardiente licor.

Un imperceptible dardo cargado con la toxina botulínica había paralizado al General a cargo; el tacaño viejo dejaría de respirar en los próximos segundos. Al siguiente minuto, en el Palacio de Gobierno, todos los operarios dormían el eterno sueño.

Para Rix, era un triunfo apagar la vida de tan desagradable viejo, que le había hundido en la más miserable pobreza en los hacinados suburbios, luego de prestarle trabajos de espionaje. Aunque le habían culpado del asesinato de un político, y había logrado escapar, escondido entre las cucarachas de la Ghetto, Daniel Rix había logrado grandes méritos a los ojos de los mandamases.

Los soldados corrían por las sombrías calles de la metrópoli al son de los disparos de los fusiles en la plaza mayor, situada junto al Palacio de Gobierno. Rix salía con apuro olvidando como siempre pagar la cuenta del bar; su mente le tenía concentrado en un único lugar, donde le esperaba ella con su dócil piel marrón; sin duda sería una sorpresa.

El antiguo hierro oxidado seguía funcionando, pero Rix debía inyectarle cada 22 kilómetros el repugnante aceite producido por las bacterias de la industria para hacerlo volar. Sentado en el volante de tan antigua chatarra de transporte aéreo, se dirigía a la máxima velocidad posible para llegar hasta su destino, sin siquiera notar el molesto ruido del rancio motor.

Las lúgubres arterias de la capital ahora bajo los pies de Rix, parecían iluminarse intermitentemente al unísono de las pequeñas bombas distribuidas a lo largo de tan angustiosa joya, que cuantiosos siglos antes, había sido fundada por un antiguo conquistador español de nombre Pedro de Valdivia; y allí, en el mismo lugar de su fundación, junto a un cerro en medio de la ciudad, que aún llevaba por nombre Santa Lucía, debía encontrarla bebiendo con los asquerosos viejos que le habían reclutado para el nuevo futuro de La República, como le llamaban a tan increíble proyecto que tenían sobre el país. En ese pretendido itinerario, Alice le había dejado, robándole con ello el dinero que tantos años les había costado ganar.

La antigua nave de transporte se había estacionado imperceptiblemente, ocultando su odioso chicharreo entre el ruido de las armas y los tanques alrededor del emblemático cerro. Ahora nada le impedía apresurar sus pasos, y sí que debía hacerlo pues en los próximos minutos el enrarecido aire estaría lleno de los mortíferos microbios irradiados.

A paso rápido se introdujo por la silenciosa y aparente casa vacía, sólo dirigido por su intuición y su irrevocable deseo. No tardó en escuchar las risas de los asquerosos viejos en medio de la cocina. Su estómago se apretó, mientras sacaba el antiguo pero certero rifle que le había dejado su padre, – si alguna vez debes usarlo, pues úsalo – le decía aquel hombre. Con el dedo en el gatillo increpó de golpe en la habitación, dando dos disparos precisos en el pecho de dos de los gordos borrachos de traje negro.

Los idiotas yacían a tal grado de alcoholismo, que sus caras desfiguradas parecían no notar el sangriento espectáculo junto a la mesa de juego. Finalmente y a los ojos de Rix, en cámara lenta, Alice se levantó con una asustada mueca en el rostro.

- ¡Estás muerto! – le gritó el hombre de esmoquin negro, con la pistola entre las sudadas manos.

Un incómodo dolor en el costado, hizo a Rix caer bruscamente al ensangrentado piso, sentía como su fuerza se apagaba rápidamente.

- ¿Sabes cómo morirás? – le gritaba el hombre desde el extremo de la mesa, agarrando a la bella chica entre sus brazos, mientras Rix caía junto a las botellas del agrio licor situadas en la mesa.

Ya tumbado sobre el piso con la visión nublada y el insoportable dolor punzante, Rix apretó la pistola, los pies del viejo estallaron en lo que fue una grasienta y repugnante mezcla. Alice corrió a tomar la jeringa para el antídoto, pero el último movimiento de Rix le hizo disparar. Las lágrimas le brotaron impulsivamente, mientras ella caía con una profunda sensación de tristeza, arrepentida de haber dejado al hombre que un día habría sido su compañero, más ahora él era sólo un cuerpo muerto sobre los helados baldosines blancos teñidos ahora de un oscuro color carmesí.

por **J. Atenas**